

JOAQUÍN GOYACHE GOÑI
Rector de la Universidad Complutense de Madrid

PRESENTACIONES

Uno de los objetivos de la Universidad Complutense de Madrid es impulsar la cultura y promover la proyección del arte contemporáneo, acercándolo tanto a la comunidad universitaria como al conjunto de la sociedad. El Centro de Arte Complutense ha acogido numerosas propuestas, diversas y de gran calidad, que han sabido atraer a un público amplio y heterogéneo.

Cada exposición supone un reto que comienza con la decisión de emprender un proyecto significativo, fruto de muchas horas de investigación y documentación, orientadas a encontrar la mejor manera de conectar y comunicar. En esta ocasión, la exposición está dedicada a la figura y la obra de César Fernández Arias (C.F.A.), un artista polifacético y prolífico que desarrolló su trayectoria desde los años ochenta, evolucionando y diversificando su trabajo al tiempo que abría nuevos espacios para la creación artística.

Nos dejó demasiado pronto, de forma inesperada y con numerosos proyectos aún en curso. Su pérdida es, sin duda, muy significativa, pero su memoria permanece viva en cada una de las piezas que hoy se presentan.

Queremos expresar nuestro agradecimiento a los comisarios: Almudena Armenta Deu, destacada artista y

profesora de escultura en la Facultad de Bellas Artes, y a los hijos de César Fernández Arias, quienes han realizado una extraordinaria labor de recopilación, selección y clasificación de las obras. Gracias a su trabajo, se ha construido un discurso sólido y de gran interés que permite conocer en profundidad a este creador de imágenes, desde sus inicios hasta sus producciones más recientes. Asimismo, han concebido una exposición que articula una narrativa compleja y, al mismo tiempo, cercana, rica en matices y abierta a múltiples lecturas.

Por último, como rector, quiero expresar mi más sincero agradecimiento, en nombre de toda la Universidad, a Mateo y Mauricio Fernández Armenta por la donación de un conjunto significativo de piezas. Este gesto de extraordinaria generosidad no solo enriquece el patrimonio artístico complutense, sino que contribuye de manera decisiva a preservar y poner en valor el legado de César Fernández Arias. Desde nuestro compromiso como institución pública, asumimos la responsabilidad de conservar y difundir este patrimonio, garantizando su acceso y disfrute por parte de la comunidad universitaria y de la sociedad en su conjunto.

Joaquín Goyache Goñi
Rector de la Universidad Complutense de Madrid

ISABEL M. GARCÍA FERNÁNDEZ
Vicerrectora de Cultura, Deporte
y Extensión Universitaria

En el ámbito de las exposiciones existe una amplia tipología según los diversos criterios que organizan el discurso: algunas son documentales, históricas o artísticas; otras tienen en cuenta la respuesta emocional del visitante, a menudo generada por la activación de los sentidos o por el diálogo estrecho que se establece con lo expuesto. En ambos casos, el efecto que producen en nosotros es duradero. Las exposiciones no deben dejarnos indiferentes; han de suscitar una respuesta ante lo que se nos presenta. En este sentido, desde el Vicerrectorado de Cultura, Deporte y Extensión Universitaria hemos trabajado para que todos los proyectos expositivos sean eventos significativos y memorables, no solo para nuestra comunidad universitaria, sino también para todas las personas que nos visitan. Tenemos la fortuna de contar con un espacio único y emblemático, un lugar de encuentro, pero también de descubrimiento: el Centro de Arte Complutense, que contribuye decisivamente a que la experiencia sea, cuando menos, diferente.

La exposición «César Fernández Arias. Laboratorio de Creación» es un proyecto ilusionante y, sin duda, singular: un homenaje a un artista muy especial que, por desgracia, se fue demasiado pronto, dejando una obra diversa, sorprendente, abrumadora, divertida, espontánea y fresca. Desde la Universidad Complutense de Madrid hemos querido rendirle tributo y presentar su fecunda y variada producción en una retrospectiva que reúne una amplia selección de su trabajo. En ella descubrimos desde pesados cementos, ladrillos y metales hasta ligeras maderas, cartones, plásticos, lienzos o papel. Muchos de estos materiales fueron encontrados y reciclados, otorgándoles una segunda vida y un nuevo significado desde su vertiente artística. Esculturas, pinturas, dibujos, fotografías o serigrafías componen una amplia muestra de su capacidad creadora y de una personalidad inquieta, capaz de ver más allá y de experimentar sin límites.

En su obra reconocemos una constante búsqueda de analogías, en la que se relacionan visiones dispares y se descubren coincidencias casi improbables que conducen a conclusiones insólitas. Al acercarnos a su trabajo, percibimos la facilidad con la que encontraba conexiones entre objetos, artefactos e imágenes, generando nuevos vínculos que abren perspectivas inéditas.

Además de su trabajo individual, colaboró con poetas y editores; de esa relación nacen una serie de portadas emblemáticas. Asimismo, trabajó con niños y niñas en sus conocidos talleres, de quienes afirmaba haber aprendido más que de cualquier adulto, gracias a su extraordinario poder imaginativo.

Desde un punto de vista personal, adentrarme en la obra de César Fernández Arias ha sido una experiencia profundamente gratificante. Ya conocía parte de su producción a través de exposiciones y publicaciones, pero en esta ocasión he tenido el privilegio de acercarme de manera directa a las piezas reunidas en el almacén, donde permanecían antes de su montaje.

Allí, la coordinadora, Almudena Armenta Deu, con paciencia y meticulosidad, se encargaba de desembalar, fotografiar y volver a embalar los cientos de piezas seleccionadas, realizadas en los más diversos formatos, que hoy pueden contemplarse en la exposición. Este proceso me ha permitido apreciar de cerca su extraordinaria capacidad creativa, así como el humor y la ironía que impregnan su trabajo.

A ello contribuyen también los títulos de las obras, aparentemente sencillos, pero de una precisión reveladora. En esa aparente simplicidad reside buena parte de su genialidad, pues son capaces de conectar de forma directa con la percepción del espectador y facilitar su acceso a la obra.

La selección y el diseño llevados a cabo por Mateo Fernández Armenta y Almudena Armenta Deu, comisarios, y Mauricio Fernández Armenta, coordinador de la exposición, son plenamente acertados: han conseguido construir un relato y un recorrido que permiten, como el propio artista defendía, conectar con su obra apelando a los sentidos —la vista, el tacto— y establecer un vínculo inmediato con quien la contempla. De ahí que nos encontremos ante una exposición especialmente viva, difícilmente indiferente para el público.

Quiero finalizar señalando que, en un contexto como el actual, marcado con demasiada frecuencia por la superficialidad y por el distanciamiento de aquello que nos hace profundamente humanos, la universidad se reafirma como un espacio para la pausa, la mirada atenta, el conocimiento y la reflexión.

En este marco, el arte adquiere un papel fundamental como vehículo de pensamiento, emoción y diálogo con la realidad. Esta exposición no solo ejemplifica ese compromiso, sino que también nos recuerda, con renovada fuerza, hasta qué punto el arte, la ironía y el humor resultan imprescindibles.

Esta muestra antológica, la más completa dedicada al artista hasta la fecha, nos brinda la oportunidad de reconectar con nuestra dimensión más humana y de conocer con mayor profundidad a un creador que no deja indiferente.

Isabel M. García Fernández
Vicerrectora de Cultura, Deporte
y Extensión Universitaria
Universidad Complutense de Madrid

JUAN MANUEL BONET
Escritor y crítico de arte

PRÓLOGO

LA RONDA CESARISTA

La muerte, en Robledo de Chavela, en 2023, del multifacético artista que fue César Fernández Arias, pintor, escultor, ilustrador, pedagogo, me dejó, como a tantos, desconsolado. Lo despedí en *ABC* como “pintor de la vida moderna”, acordándome del seminal texto de Baudelaire sobre Constantin Guys. Sólo soy consciente de haber tomado prestado ese título ajeno, en otra ocasión: en 2006, y para ponérselo a mi prólogo al catálogo, de maqueta tintinesca, de la exposición de Julián Opie en el Centro de Arte Contemporáneo de Málaga. Otras veces, lo he calificado de “moderno juglar”, y de “pintor de la vida que pasa”. Tal vez lo primero quede demasiado medieval (pero ciertamente hay una vertiente medieval y galaica en su obra), y lo segundo demasiado simbolista, y eso le pega menos. Consultados repertorios bibliográficos, hay mucha *vida que pasa* en títulos del tiempo auroral de la modernidad española y latinoamericana. Nada muy allá, salvo tal vez Joaquín Dicenta, y sobre todo, en el vecino Portugal, Fernando Pessoa.

La ilustración, la caricatura, lo cotidiano... Todo esto hay gente que lo encuentra menor y prescindible y desdeñable. Por mi parte aprendí prontísimo que no era así. Lo aprendí en gran medida en la casa paterna, en la que se rendía culto a Alenza, Castelao o Álvaro Cebreiro, y se apreciaba a ilustradores franceses como Daumier, Christophe, Sempé, Chaval o Siné; al mexicano Posada y sus calaveras; a Chumy Chúmez; al catalán Cesc, más tarde a Ops, hoy El Roto. Y se coleccionaban los Fósforos del Pirineo de Cruz Novillo, o los azucarillos de los cafés literarios. Pero recuerdo también las enseñanzas al respecto del perfecto *scholar* que fue siempre, además de muchas otras cosas, Fernando Zóbel. Su libro de cabecera en materia de grabado, y en general de obra se supone que “menor”... y que no lo es, era *Multum in Parvo: An Essay in Poetic Imagination*

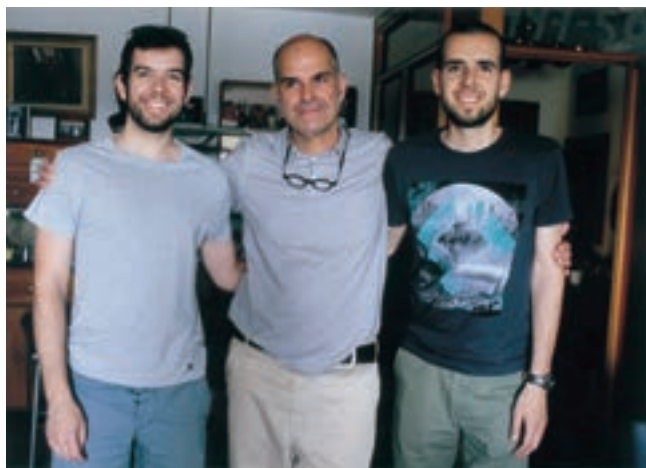


Mateo, Mauricio y Cesar en el puerto de A Coruña, 1998.

(1965), de Carl Zigrosser, uno de sus faros en sus años de estudiante en Harvard. No leí ese breve libro entonces, sino varias décadas más tarde. Me encantó.

Si insisto en la idea de que todo eso que parece pequeño, puede ser enorme, es porque en esta hora en que ya César es historia (Mallarmé y el primer verso de “Le tombeau d’Edgar Poe”: “Tel qu’en Lui-même enfin l’éternité le change”), junto a sus cuadros, o sus piezas más monumentales, me parece que hay que tener en cuenta también todo tipo de papelitos, ilustraciones, tarjetones, troqueles, pegatinas... Que en cualquiera de esas “cositas”, de esas “menudencias” (siempre me encantó esa palabra, muy de almoneda o de Rastro) que mucho sabio engolado ni mira, hay tanta sustancia como en lo más acabado y “mayor”.

César nació en Caracas, en 1952, en el seno de una familia del exilio republicano español. Su abuelo materno, el vallisoletano y socialista Amadeo Arias, matemático, y dueño de la Academia Labor de Topografía



Mateo Ray, César y Mauricio.

y Matemáticas de la capital venezolana, fue una figura importante del mismo; puede leerse su biografía en la web de la Fundación Pablo Iglesias. Su padre, el empresario Francisco Fernández Casanova, operó en el campo de la imagería religiosa, y de la construcción. Su madre, la pintora Inés Arias, a partir de 1987 tuvo un recorrido notable en el campo de lo naif, como lo revelan sus muestras en la galería Éboli o su presencia en la colección del singular museo jiennense dedicado a ese planeta. Uno de los primeros pintores que le gustaron a César, entre aquellos cuyos cuadros poblaban la casa paterna, fue el islandés Errò. Pintor de la *figuration narrative* francesa, y amigo de Antonio Saura, que gracias a él expuso en Reikiavik, lo sigue siendo de Taulé, en cuya casa parisense fue donde nosotros lo conocimos. Ese dato del coleccionismo de modernidades *sixties* o anteriores (en la casa en que creció César había también obra de Wifredo Lam) me lleva a recordar lo moderna que era entonces esa metrópolis. Algo de lo que el visitante toma conciencia visitando sus museos, incomparablemente más al día en su momento que los de Madrid, y sobre todo su descomunal Universidad, en la que Carlos Raúl Villanueva desarrolló su fantástica

idea de la integración de las artes, de la que hay otros ejemplos pioneros en México, y en Brasilia. Pero todo eso es una historia bien conocida sobre la cual no tiene sentido extenderse más aquí, aunque sí es importante mencionar el hecho de que entre las instituciones en las que Amadeo Arias ejerció la docencia, figura precisamente la Universidad Central de Venezuela.

Cuando sus padres decidieron, tras un breve episodio vallisoletano, afincarse en Madrid, que fue en 1961, César pasó a ser alumno de Estudio, de donde yo ya había “emigrado”, por decisión materna, al Liceo Francés. Sin esa emigración, nos habiéramos conocido antes. En Estudio coincidió con quien había sido uno de mis condiscípulos en sus aulas, Pedro Álvarez de Miranda. Me cuenta Pedro, académico de la Lengua, que siendo adolescentes César y él asistieron a unos talleres infantiles que daba el pintor Ramiro Ramos (sobre el que tengo pocos datos, más allá de haber encontrado una tarjeta manuscrita suya entre los papeles paternos) en su estudio de María de Molina. Pedro, que admira mucho la obra de madurez de César, me dice que ahí nació la vocación pictórica de su compañero en Estudio y en aquel taller, y que él en cambio era negado para la plástica.

Tras Estudio, empezó Económicas. Le tentaba la arquitectura, pero finalmente pudo el arte, y pasó a estudiar esa carrera, como alumno libre, en Bellas Artes, donde encontró a un profesor que le orientó decisivamente en la figura de José María Cuasante, que sigue fiel a su memoria. Ahí conoció a la futura escultora (cuyo trabajo, excelente, he glosado en diversos textos) Almodena Armenta, su mujer y madre de sus dos hijos, Mateo y Mauricio. Entre las obras más antiguas que conozco de César, me llaman la atención papeles como *Psicodelia*, *Tractor* o *Construcción amarilla*, los tres de 1973, y el tercero con algo de kleeiano; otros tres de 1975, *Todo por la Patria*, *Casa Cuartel* y *Asaltador de tumbas*; y *Barco surrealista* (1979).

A comienzos de los ochenta, celebra individuales en Seiquer, en la Sargadelos madrileña (el de Luis Seoane e Isaac Díaz Pardo en O Castro y en Sargadelos fue otro modelo, más modesto, pero interesantísimo, de integración de las artes), y en la Fundación Valdecilla de la Complutense, un espacio donde, mientras duró, pasaron muchas cosas. En su prólogo al catálogo de la última de estas muestras, que tuvo lugar en 1983, Quico Rivas ya invocaba a su propósito a Torres-García, y, abundando en lo americanista, se refería “el eco del tam-tam que todos llevamos dentro”. Luego vendrían otras en Buades, donde coincide con otro pintor e ilustrador desaparecido joven, Pepe Mateo Mas, y con suyo sello edita, en 1987, el mínimo y encantador *Viñetas*, con cubierta amarilla y maqueta de Diego Lara); en Ovidio; en Columela; y en Sen, en 1996, centrada en su faceta escultórica, y con otro excelente prologuista, Raúl Eguizábal, poeta siempre atento a las artes plásticas... y a la música, y de nuevo en 2008, cuando también con Eguizábal, publica *Prebélica*. No detallo ni fecho todas esas muestras, a las que hay que añadir el episodio, en 1985, de la colectiva en una galería efímera, pirata (en realidad, el paso subterráneo, bajo la calle de Alcalá, que permite transitar del Retiro al arranque de Lagasca), y otras en provincias, entre las que destacan las celebradas en dos espacios tan especiales como Siboney en Santander, y My Name’s Lolita en Valencia. Muy al comienzo de su carrera, le marcaron profundamente, como a otros de su generación española, dos muestras programadas por el Palacio de Velázquez: en 1983 *Tendencias en Nueva York*, donde se fijó sobre todo en el grafitista Keith Haring, y en 1986 la dedicada a la nueva escultura británica, en la que su elección particular fue Tony Cragg.

La mención a Diego Lara me lleva a pensar en la obra tan energética de José Guerrero y en mi trabajo con el gran grafista en el catálogo de su retrospectiva de 1980 en la Casa de las Alhajas, y en sus rojos y sus azules y

sus amarillos esplendentes. Energético también, aunque de otro modo más demótico, el César pintor, amigo de lo exacto y rutilante, de un cierto popularismo que unas veces puede salirle más rústico y románico (guerreros, yelmos, escudos, torreones, féretros, flechas, lobos feroces, carniceros, y hasta un “paxariño frito”, todo un poco a lo Atlántica, con algunos de cuyos artistas compartió las páginas de la revista coruñesa *Luzes de Galiza*), y otras más Lego o más Madelman y otras marcas.

La conexión gallega de César no es tema baladí. Su familia paterna era coruñesa de origen, y de 1961 en adelante los veranos los pasaron allá, con mucha calle y mucha playa. En sus años de después de la Facultad, trató asiduamente a Menchu Lamas, Antón Lamazares, Francisco Leiro, José Freixanes, Manuel R. Moldes, Antón Patiño y otros de Atlántica, el movimiento que renovó la tradición gallega.

Una pieza de 1992 se titula *Cilindrines*, es decir, los cigarrillos, en el argot del Barrio de Salamanca que popularizó un artículo abecedario de Evaristo Correa Calderón, artículo precursor, citado luego por algunos estudiosos del lenguaje capitalino.

Extraordinaria su capacidad para extraer, tanto en pintura como en escultura, la más alta poesía del mundo de las señales de tráfico, de los enchufes y los tendidos eléctricos, de la telefonía, de las antenas, de la tornillería, de las lámparas, de los letreros de tiendas, de los coches y camiones, de las bicicletas, de los trenes y tranvías, de los vehículos militares y en general del universo de la guerra moderna con sus ametralladoras y sus tanques y sus misiles, de los aviones, de los viajes espaciales y de los platillos volantes y de los marcianos, de las discotecas, del camping, de los robots, de los *mazingers* y de los *transformers*, de las atronadoras máquinas tragaperras, del fútbol y otros deportes... Tienen algo de



Bonet, 2001. Galería Velarde.

aztecas sus perros, tanto los pintados (aquél, en 1985, sobre una vieja pared de su barrio: gran melancolía nos invade ante su fotografía delante del mismo, de colores ya vintage) como los contruidos en tres dimensiones. O como los desarrollados en la imaginación, y ahí estoy pensando en el monumental *Cancerbero* (1984), un proyecto de mastín-casa, una escultura habitable, una arquitectura ficticia y brutalista de quien seguro que hubiera podido llegar lejos si llega a elegir esa carrera. Carrera en la que nos hace pensar la enorme y formidable *Casa-teléfono*, un acrílico sobre loneta de 1989.

Nunca se Insistirá bastante sobre su ya aludida devoción por Torres-García, y muy especialmente por sus juguetes, los *Aladdin Toys*, que en 1997 Carlos Pérez, otro ser inolvidable, expuso sucesivamente en el IVAM, en la barcelonesa Pedrera, y en Madrid, en una sala que Bancaja tenía entonces en la Castellana.

De los fastos y los logos de la Sevilla del 92 se ríe un poco en *Expolio*, otro libro mínimo, rojo este (aunque no es el de Mao), sin lomo siquiera, con simple grapa, maquettato por Mauricio d'Ors, y editado por Gulliver. *Expolio*, pero también *Expo-lío*, como proponía yo leerlo en mi prólogo, en plan Manolo Quejido (un artista que le interesaba, lo mismo que Gordillo, Alcolea y compañía, con todos los cuales coincidió en Buades). De 1992 es uno de sus grandes cuadros, el rotundo *Olé*, presidido por una copa de Jerez, y relacionado con la misma circunstancia.

Una de las esculturas suyas que más ocasiones he tenido de contemplar, un guerrero de resina de poliéster, es la que tenía Gulliver, precisamente, sobre la mesa de su librería anticuaria de la calle del León. Hay **dos testimonios gráficos** preciosos de la misma, ambos de la autoría del arquitecto y fotógrafo tinerfeño Carlos E. Schwartz, gran cronista del mundo del libro. La primera es de 2017, y la segunda de 2024. Pero en ambas está, donde siempre, siempre impasible, el guerrero, flanqueado por un fetiche africano de no recuerdo qué procedencia, fruto de la afición de nuestro recordado amigo librero por el arte primitivo de ese continente, afición muy de los cubistas, y que Gómez de la Serna compartió, por envidia de la colección de máscaras y fetiches que tenía Lipchitz.

Poeta de la resina de poliéster

Poeta del cemento. Cemento a veces policromado, y en otras ocasiones combinado con el ladrillo o el metal.

Poeta del metal: el mínimo perfil que, como un amuleto, que saluda con la mano derecha, protege hace años la entrada de nuestro apartamento.

Poeta de la madera policromada

Poeta del cartón: sus siempre maravillosos, bellísimos, inconfundibles troqueles, su manera tan magistral de trabajar ese material más duro que el papel, pero más dúctil que el metal.

Poeta del sello de caucho, de la pegatina, de cualquier soporte que se le antojara. Poética posible de la filatelia, qué lástima que los hacedores de sellos no se fijaran en él. Hasta los sobres de sus envíos postales eran pequeñas obras de arte. *Multum in Parvo*, sí. Todo lo que salía de sus manos es coleccionable, es necesario juntarlo todo, catalogarlo (en Tarancón esperamos tenerlo más ordenado que ahora: muchas cosas las cito de memoria porque no sé dónde las tengo), todas esas menudencias (bonita palabra de anticuario o almonequista o rastrista)...

Como lector compulsivo de diarios y revistas, a menudo uno ha recortado páginas ilustradas de los más variados medios. De *El País* lo que más he extraído han sido colaboraciones de El Roto en el diario, de Max en *Babelia*, y sobre todo de César en *El País Semanal* o en el extinto *El País de las Tentaciones*. Más atrás en el tiempo, busco, en periódicos y revistas antiguas, cosas de Sancha, Bartolozzi, Bagaría, Ochoa, K-Hito, Tono (¡sus juguetes recortables!), Esplandiu, Tauler y tantos otros grandes de eso tan volátil que es la ilustración de prensa.

No las tengo recortadas, pero también me gustan mucho sus colaboraciones en *El Europeo*, uno de los varios medios en que hemos coincidido, y en el que en una ocasión, ramoniana por cierto, hice colaborar a Perico Pastor, otro grande de lo pequeño.

Por ese lado del dibujo de prensa, decir que en cuanto se puedan resolver ciertos recurrentes problemas estructurales del edificio, en el Museo ABC inauguraremos una muestra dedicada a César.

Inevitable es referirse al tándem formado por él, y por Ángel Guache. Este último, asturiano, pintor, poeta, músico, cantante, es una de las figuras más singulares de nuestro Madrid. La docena de libros en que él pone los versos y César las viñetas son una maravilla, dispersa en diversos catálogos editoriales, Hiperión, Pre-Textos, Libertarias, Media Vaca... Del mismo modo que el Guache pintor ha hecho sucesivamente dibujos a lo Henri Michaux, expresionismo abstracto, y geometría, el Guache poeta, en su día contemplado como “de la Escuela de Trieste”, y por lo tanto neo-simbolista, ha dado paso luego al Guache geométrico tanto pintando como componiendo versos, y más tarde al Guache más gamberro y radical. Es con este último con el que colaboró asiduamente César. Ya he escrito en varias ocasiones sobre esa colaboración, por vez primera en el prólogo a *Canciones para interpretar con maracas* (1990), editado por el sello ovetense Barnabooth, creado para la ocasión por el poeta, en homenaje a Valery Larbaud. En el de *Torpedos flamencos (Cantando por soleares)* (1997), poemario precedido por un “manifiesto cañí”, y probablemente el libro más atípico de diseño (empezando por su formato cuadrado, y su cubierta de lunares) de todo el catálogo de Pre-Textos, propongo contemplar a su ilustrador como un heredero de las viejas vanguardias, planeta a propósito del cual cito a Fernand Léger (¡como si estuviéramos en los veinte, en los que los nombres se solían hispanizar, aparece como “Fernando” Léger!), a Torres-García, y a Philip Guston.

Entre sus papeles, hay uno, *Racionalista* (1997), que es puramente ortogonal. Pero habitualmente sus abstracciones son más orgánicas, más Hans Arp, más tipo ameba, vertiente que tan bien ha estudiado la



Presentación del libro *100 Greguerías ilustradas* en el IVAM, Instituto Valenciano de Arte Moderno, el 16 de diciembre de 1999, con la participación de César Fernández Arias, Ioana Zlotescu, Juan Manuel Bonet, Antonio Fernández Molina y Vicente.

historiadora del arte franco-colombiana Guitemie Maldonado. En *Laberinto industrial* (2007) traza una trama aérea, enrevesada, entre Klee y Francesc Todó. Interesante también su breve incursión, en cuatro piezas de 2022, en el campo de la fotografía pintada.

Inevitable también, dada su amistad con el incombustible Guache (tan *performer* como Ramón, o como los ZAJ), con Carlos Pérez y conmigo, que César acabara ilustrando a Ramón Gómez de la Serna, y que yo estuviera en ese barco, como antes lo había estado en el de otras greguerías asimismo ilustradas por un pintor, nada menos que Antonio Saura (admirador del escritor desde su infancia), y como después lo estaría, pero en ese caso sólo como presentador, en las del fotógrafo Chema Madoz.

Fueron los amigos de Media Vaca, la singular editorial valenciana, paraíso de los ilustradores, quienes tuvieron la idea de pedirle a César que se enfrentara al reto de ponerle imágenes a una selección de la obra greguerística ramoniana. El libro, *100 greguerías*



En la calle Valverde con Guache, 1997.

ilustradas, lleva prólogo mío, y lo presentamos en el IVAM. Obtuvo el Premio Nacional de Ilustración. Con anterioridad, en 1995, la misma editorial había sacado, en su diminuta colección "Ten, comilón", dos entregas sucesivas de Ángel Guache, la 146 y la 147, ilustradas ambas por César: *Libérrimo*, y *Más libérrimo*. Muestras ambas del humor acidísimo y a la vez tierno del Guache poeta, que lo mismo entona un "Himno ácrata" (¡cuántos himnos habrá compuesto ya nuestro amigo!) que evoca "Los paseos de Landolfi" por Florencia, o se ríe de Mussolini.

Greguerías nuestras desde la infancia. Las primeras uno las leyó en el *ABC* de los primeros *sixties*, envueltas en dibujos del siempre muy literario Lorenzo Goñi. Greguerías de los hijos, y pronto... de los nietos: siempre el Colegio Estudio. Ficha esta completable con la presencia de César, en 2011, en el único número de *Sandwich Club*, efímera publicación de Miguel Bonet y Alfredo Poves, en la estela de la maravillosa *Plástico*. Me gusta, por cierto, que en ese sándwich tan nutritivo esté también El Tono, artista callejero franco-español de gran talento él también, que sobre las viejas puertas

desvinculadas del Madrid del centro dejó no pocas muestras de su talento de grafitero geómetra.

La misma Media Vaca elegiría a César, en 2001, como uno de los ilustradores de su reedición de *Crímenes ejemplares*, de Max Aub. Coeditado con la fundación segorbina dedicada a la memoria del judío errante, un libro coral para un escritor que amaba el fragmento y la viñeta, que estuvo cerca de muchos pintores y que se inventó uno (Jusep Torres Campalans), y que amó la tipografía, y las calles de su París, de su Valencia adoptiva, del Madrid de preguerra (esa maravilla que es *La calle de Valverde*), de su México del exilio... Un libro del que, en una librería de Estambul, caí sobre su traducción al turco, exactamente con la misma maqueta que la edición valenciana. ¡Aub en turco! Imposible citar a todos los ilustradores que participaron en esa aventura, pero sí destacar a dos veteranos ya citados, Chumy Chúmez, y El Roto, y a dos nombres clave de nuestro presente, Javier Pagola (otro que cultiva, con enorme



Exposición Galería Columela. Fotografía de Luis Pérez Mínguez.



Mateo Ray con San Molinillo en la exposición de la Galería Columela, 1988.

talento él también, el pequeño formato y la ilustración), y a Sergio Sanz, pintor literario donde los haya.

Aunque no fue alumno del Liceo Francés, sino, ya lo he dicho, de Estudio, no podía César no ser tintinesco, y por eso encuentro fantástica la cubierta alegremente marinera que le inventó a *Coke en stock*, dentro del proyecto expositivo de cubiertas imaginarias para los álbumes del inmenso Hergé, proyecto de un gran experto en éste, Fernando Castillo, en 2011, para la añorada sala que tuvo José Ramón Ortega en Villanueva, de la que aquél fue director artístico, y en la que otra exposición muy línea clara (*avant la lettre*) fue la dedicada a Bagaría, otro ramoniano, aunque sólo fuera por su presencia entre los *íntegros* de 1915.

César era expertísimo en materia de talleres infantiles, una actividad que Encarna Jiménez y Carlos Pérez habían impulsado precisamente en el IVAM, el museo español pionero en esa materia. Sobre los que César impartió en el Círculo de Bellas Artes, en Matadero o en La Casa Encendida, para luego fundar su propio espacio, El Hombre Rayo (casi... Man Ray), diré que



Bonet con su nieto Tomek en el Hotel Pod Róża de Cracovia, el 21 de junio de 2026.

ningún otro artista español de las últimas generaciones ha estado tan implicado en la renovación de la idea de taller infantil como lo estuvo él. Su trabajo en este campo, en el que uno de sus faros fue el norteamericano Tim Rollins, queda reflejado en sus preciosos álbumes *“El mundo es como yo quiero”* (2005) y *“Taller de pintura y construcciones”* (2017), ambos editados por Media Vaca. Interesante el lado callejero de esa labor de César para la infancia. Recogía objetos en la calle, en los contenedores de basura. Recurría a todo tipo de materiales, por lo general humildes. Sabía ponerse a la escucha de los niños, extraer lo mejor de ellos, y

hacer que, riéndose con él, aprendieran que el arte podía ayudarles a entender mejor el mundo.

Papeles Mínimos, es decir, el infatigable Imanol Marrodán, le editó, en 2015, un libro muy especial, *50 escritores*. En la imagen adjunta pueden verse en pequeño los cincuenta, de un solo vistazo, en el cartel editado para la ocasión. Me gustan especialmente las de Jane Austen como veleta; Roberto Bolaño como accidente de la “loca geografía” de su país; un Cortázar bruselés entre el Mannekenpies y Milú; Faulkner navegando por el Misisipi; Joyce como arpa dublinaesa y cervecera; Pessoa como tranvía lisboeta; Rulfo como calavera a lo Posada (presente por cierto en *Multum in Parvo*); Robert Walser esquiando con su bandera suiza y su mochila con reloj, motivo el del esquiador que aparece también en la obra escultórica de César); o Stefan Zweig en la rueda del Prater vienés... Y los españoles, que como son menos los citaré a todos: Pío Baroja como caracol (¡ya van tres!: una obsesión cesarista, realmente, también presente en su pintura: ver, en 1990, el papel titulado *Lento, pero seguro*), Juan Benet como Tío Pepe de la Puerta del Sol (todo muy *Otoño en Madrid hacia 1950*), Rosa Chacel, Clarín como ídem, Cunqueiro como tonel de vino gallego, Galdós pilotando Canarias hacia la península, Carmen Laforet como be de la Barcelona de *Nada*, Carmen Martín Gaité, y Unamuno como piedra vasca.

Termino estas líneas cuando en Recoletos acaba de inaugurarse la edición de este año de la Feria del Libro Antiguo de San Isidro. Ha habido carteles anunciadores de la misma muy buenos, entre los que recuerdo especialmente, componiendo una suerte de museo portátil de nuestro arte más reciente, los de Eduardo Arroyo, Evaristo Bellotti, Ceesepe, Charris, Dis Berlin, Damián Flores, Belén Franco, Marcelo Fuentes, Carlos García-Alix, Ramón Gaya, Emilio González Sáinz, Elena

Goñi, Javier de Juan, Angie Kaak, José Luis Mazarío, Pelayo Ortega, Pagola, Antonio Rojas, Sergio Sanz o Gonzalo Sicre, y el de César, que fue en 2008: ese personaje con lupa, probablemente un autorretrato, caminando haciendo equilibrios sobre una muralla de libros, una obra más del hombre rayo, del pintor de la vida moderna, del pintor de la vida que pasa, de nuestro inolvidable amigo, energético y tierno, hacedor de libros, y cantor de ese ámbito de sociabilidad que es *La biblioteca*, ya en un papel de 1990.

Juan Manuel Bonet